

# Las bases de una nueva relación transatlántica

Hubert Védrine

---

**Pese a sus desacuerdos, Europa y Norteamérica comparten el sentimiento de pertenecer al “mundo civilizado”, de ser el núcleo de Occidente. Aunque conserva su enorme capacidad de influencia, Occidente ha perdido el monopolio de la dirección de los asuntos del mundo.**

---

Cuáles pueden ser las bases de una nueva relación transatlántica? En primer lugar, hay que tener cuidado con la idea de que esta relación es automáticamente estrecha y armoniosa. Durante mucho tiempo, no se habló especialmente de relación transatlántica. Estados Unidos y Europa eran primos; una especie de “primos segundos”, pero diferentes. En el siglo XIX las relaciones no fueron muy intensas. Fieles al testamento de Washington, los norteamericanos evitaban mezclarse en los asuntos europeos. La “Vieja Europa” y Norteamérica compartían ciertamente el sentimiento de pertenecer al “mundo civilizado”, pero con un alejamiento relativo. Y esto no impidió que surgieran desacuerdos entre EE UU y las potencias coloniales europeas, empezando por España, por razones de vecindad geográfica en el continente americano (Cuba) o por Filipinas. Más tarde sería con los imperios alemanes, y luego con el francés y el británico.

La intervención de EE UU en 1917, tres años después del comienzo de la Primera Guerra mundial, y el papel determinante del presidente Woodrow Wilson en la elaboración del tratado de Versalles y en la creación de la Sociedad de Naciones (SDN) no bastaron para estructurar de manera estable la relación transatlántica en los años veinte, particularmente debido a la reacción aislacionista de la opinión pública estadounidense después de la guerra y a que el Senado se negó a hacer caso a Wilson respecto al tratado que creó la SDN.

La situación fue radicalmente diferente con la victoria de los aliados en la Segunda Guerra mundial contra el nazismo y Japón. Apenas terminada la guerra, la amenaza soviética se cierne sobre Europa Occidental. El compro-

---

**Hubert Védrine** ha sido ministro francés de Asuntos Exteriores de 1997 a 2002.

miso de EE UU en Europa para oponerse a esta amenaza es firme, duradero y organizado esta vez: compromiso económico con el plan Marshall y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE); estratégico y militar con el tratado de 4 de abril de 1949 que, después de duros debates en el Senado estadounidense, crea la Alianza Atlántica, basada en un mando integrado a partir de 1952, como reacción a la guerra de Corea.

A partir de entonces, comienza un largo periodo de 40 años de guerra fría, hasta la caída de la Unión Soviética, periodo durante el cual Europa Occidental (salvo algunos países neutrales) y Norteamérica están ligadas por la misma amenaza soviética, nuclear y convencional. El tratado de Washington, creador de la OTAN, encarna este estrecho vínculo: EE UU se compromete a defender Europa Occidental, vital para él, por medio de la disuasión nuclear y de sus fuerzas convencionales en Europa. Se evocan los valores comunes, la democracia contra el totalitarismo, y la economía de mercado, todavía muy regulada, contra la economía planificada. El cine estadounidense, los pantalones vaqueros, el chicle, el tabaco americano y las sucesivas oleadas de música procedente de EE UU comienzan a difundir el *American way of life* (estilo de vida americano) en Europa, lo cual provoca, como reacción, un cierto antiamericanismo, ya político, ya cultural, que la URSS y sus aliados tratan de explotar.

Surgen desacuerdos o inquietudes a raíz de la estrategia nuclear de respuesta “gradual” de la Alianza, de las negociaciones con la URSS para la limitación o reducción de armamento y de su organización política o militar. En sus memorias, Henry Kissinger habla de “malentendidos transatlánticos” permanentes. La fuerza de disuasión francesa se mira con suspicacia en Washington. El gaullismo, que rechaza la estrategia de respuesta gradual (hacia dudosa la salvaguardia estadounidense) y la integración automática, es tratado como una herejía y es preciso esperar hasta 1974 para que la OTAN reconozca que la fuerza nuclear francesa acrecienta su capacidad global de disuasión. El despliegue de los *Pershing II* frente a los *SS-20* soviéticos divide profundamente durante años, desde 1979 hasta 1983, a las opiniones públicas y a los gobiernos de Europa Occidental.

En 1991 la disolución de una URSS exangüe pone fin al mundo bipolar y abre una nueva era, la de un mundo unipolar global en el que algunos creen ver una “comunidad internacional”. ¿Es necesario mantener la OTAN ahora que la amenaza militar que había justificado su creación ya no existe? Roland Dumas, ministro de Asuntos Exteriores de François Mitterrand, es el único que se atreve a formular públicamente la cuestión. El presidente George Bush padre y su secretario de Estado, James Baker, despejan esta pregunta francesa falsamente inocente. La OTAN debe continuar, resuelven, aunque haya que inventar para ella nuevas tareas alejadas de su misión original. Debe permanecer como concreción del vínculo entre EE UU y Europa.

Para EE UU es una cuestión de control y de liderazgo. Para la casi totalidad de los aliados europeos, apoyados por los antiguos países comunistas que aspiran a estar protegidos por Washington en las estructuras “euroatlánticas” (en aquella época la OTAN era para ellos más importante que la Unión Europea), es la garantía de la perennidad del compromiso estadounidense. El temor al aislacionismo o a la retirada estadounidense, esgrimida con regularidad aunque imposible en realidad, inquieta, sin embargo, lo bastante a los aliados europeos como para hacerlos dóciles. Por el contrario, EE UU impone la ampliación de la OTAN y su prolongación con diversas asociaciones (20 en Asia central para la colaboración por la paz, siete para el diálogo mediterráneo). Los presidentes Bush y Bill Clinton alcanzan su objetivo.

Con el tratado de Maastricht, en 1992, nacen en algunos países de Europa esperanzas de una política exterior y de seguridad comunes, pero su relación con la OTAN sigue siendo problemática, pues el Pentágono está ojo avizor.

Cuando, al final de los años noventa, los ministros del Grupo de Contacto sobre Kosovo, tras haber agotado la vía diplomática, deben decidirse a emplear la fuerza, no tienen demasiados problemas en ponerse de acuerdo para pedirle a la OTAN que intervenga en los Balcanes, autorizados para ello por los miembros de la UE y de la OTAN. No hay otra forma de actuar. Algunos ven entonces un precedente en esta intervención y se alegran de que la OTAN haya decidido intervenir. Para otros, como Francia, que ha participado en la decisión de recurrir a la Alianza, lo cual es diferente, esto es una excepción. Hay, en efecto, dos resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas relativas al Capítulo VII, pero que no ordenan el recurso a la fuerza.

Algunos años más tarde, la administración de George W. Bush desmoraliza a sus aliados al no responder siquiera a sus ofertas de ayuda cuando dicen estar preparados, inmediatamente después del 11 de septiembre de 2001, para actuar solidariamente sobre la base del Artículo 5 del Tratado. Los disgusta también con la teoría “rumsfeldiana” de que es “la misión la que determina la coalición”, lo cual es la negación de una alianza permanente. Al mismo tiempo, la administración Bush encuentra cómodo servirse de la OTAN, por ejemplo en Afganistán, para misiones más que problemáticas, que mezclan seguridad, caza de talibanes y *nation building*. ¿Sigue siendo la OTAN una alianza defensiva geográficamente definida o una fuerza militar occidental que puede proyectarse a todas partes? Es una gran pregunta, pero que no surge de repente.

Después de la guerra, cuando aún poseían imperios coloniales, eran los europeos, especialmente Francia atrapada en Vietnam, quienes abogaban

---

*¿Es la OTAN una fuerza militar occidental que puede proyectarse en todas partes del mundo?*

para que la Alianza no se limitara solo al Atlántico Norte. Por el contrario, a partir de la V República Francesa, son los franceses los que se niegan a que la OTAN intervenga “fuera de zona”, es decir, fuera del Atlántico Norte, como los norteamericanos comienzan a estar tentados de hacer a causa de la guerra fría. Este desacuerdo durará décadas. En 1983, en la Cumbre de los Siete de Williamsburg (EE UU), Mitterrand se opone, con gran enfado de Ronald Reagan, a lo que prácticamente equivale a una extensión a Japón de unas garantías de la OTAN, improvisadas además.

La Alianza global de la que EE UU vuelve a hablar ahora, bajo el pretexto de la lucha contra el terrorismo, existe en su mente desde hace tiempo. Abarca más o menos la lista de los beneficiarios del presunto “escudo espacial”, propuesto en el marco de la Iniciativa de Defensa Estratégica en 1983 (o incluso la del Proyecto Echelon): OTAN, más Japón, Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Suecia, Finlandia, Israel... El 29 de noviembre de 2006, el presidente Jacques Chirac recordaba en Letonia la posición francesa: la OTAN no es una alianza global y debe seguir siendo “una estructura militar de defensa entre Norteamérica y Europa”.

### **¿Cuál será la relación transatlántica del futuro?**

Primera hipótesis, los vínculos continúan debilitándose. Crece la incompreensión europea hacia la política exterior estadounidense, la guerra en Irak y sus secuelas, el uso de la fuerza, la pena de muerte, las armas de fuego y la desigualdad social admitida, así como la alergia a la hegemonía y a la irresponsabilidad ecológica de EE UU. Por su parte, los estadounidenses siguen encontrando a Europa poco audaz, quejica, complicada y en decadencia.

La cohabitación entre Bush y los demócratas, e incluso la llegada de un nuevo presidente a la Casa Blanca en enero de 2009, no entrañan suficientes cambios para invertir esta tendencia. Los desacuerdos aumentan, los malentendidos persisten. Las llamadas al orden de los antiguos izquierdistas europeos, convertidos en atlantistas y neoconservadores, en contra del antiamericanismo, resultan infructuosas. EE UU y los europeos están unas veces de acuerdo y otras no. Pero globalmente hacen frente a los problemas del mundo en formación abierta. Hay dos subvariantes, dependiendo de que los europeos estén de acuerdo entre ellos o no. Es probable que no lo estén cuando un tercio de los Estados miembros aprueba automáticamente a EE UU, otro tercio desconfía y un último tercio duda. Por tanto, en este caso tenemos una división de los europeos dentro de la división de Occidente. El juego multipolar mundial se desarrolla y, en particular, Europa ejerce en él toda su fuerza.

Segunda hipótesis, la unidad de Occidente se refuerza. Pero esta hipótesis puede asumir dos formas completamente opuestas: la de un Occiden-

te asediado y agresivo; o la de un Occidente que es una fuerza tranquila y constructiva.

El Occidente asediado es el que se siente involucrado, a pesar de sus puritanas negativas, en una guerra de civilizaciones. De momento con el islam, a más largo plazo con China. Los occidentales están cercados por la amenaza terrorista y se vuelven cada vez más sectarios, intervencionistas y obsesionados por la seguridad. Tarde o temprano, EE UU acaba por hacer que prevalezca su concepción de una alianza global ampliada a los otros países “occidentales” o pro-occidentales, una comunidad armada de democracias que se ocupan de todo. “La OTAN”, escribe Victoria Nuland, embajadora de EE UU ante la Alianza, “debe ser el lugar donde debatamos todos los problemas que atañen a nuestra seguridad futura, como Oriente Próximo, Irak, Corea del Norte, China e Irán, por citar sólo algunos”. Y añade: “La OTAN debe tener tanta capacidad de reacción como sea posible cuando ocurre una catástrofe humanitaria”.

Por otra parte, según *Transatlantic Trends* de 2006, el 56 por cien de los estadounidenses y de los europeos consideran que los valores del islam y los de la democracia son incompatibles. Se habla de lucha de la civilización contra la barbarie, de necesaria injerencia democrática. El pulso entre el islam y Occidente se intensifica mientras China crece. Se crea la OTAN de la energía. Habiendo cuenta de la necesidad de un mando unificado en esta guerra, las veleidades europeas de autonomía se reprimen. Este desastroso guión del bloque occidental no se descarta del todo. Sin embargo, parte de los estadounidenses y de los europeos lucharán denodadamente contra él.

La cohesión de Occidente puede también tomar una forma casi opuesta, aquélla en la que Occidente, aunque persistan los terroristas, se libera de su tendencia maniquea y de su Ubris, y se aglutina en torno a una perspectiva en la que defiende firmemente sus intereses y garantiza su seguridad pero, al mismo tiempo, se dedica de forma activa a limpiar minas y a resolver los problemas del mundo con un planteamiento participativo. Es posible si los europeos llegan a adoptar una posición homogénea y se preparan para las citas con el nuevo presidente estadounidense en 2009, lo cual daría sentido a las protocolarias cumbres entre EE UU y la UE. Para eso deberían ponerse de acuerdo previamente:

1. Sobre el equilibrio deseable entre protección, libertad y creatividad, dentro de una economía de mercado y de libre intercambio.
2. En lo que concierne a la UE, sobre sus límites geográficos, su organización política y un proyecto razonable de una Europa fuerte.

---

*La cohesión de Occidente depende en gran medida de un acuerdo previo entre los europeos*

3. Sobre una colaboración entre Occidente y el mundo árabe para la modernización de este último (con la coexistencia, por supuesto, de dos Estados: el israelí y el palestino).

4. Sobre un programa mundial para frenar la catástrofe ecológica (clima, productos químicos, escasez).

5. Sobre una reforma realista de las instituciones multilaterales.

6. Sobre una amplia relación realista entre Europa y Rusia y entre Europa y Asia.

Dentro de este esquema, la OTAN sigue concentrada en sus tareas militares defensivas. La defensa europea se desarrolla explotando todo el potencial del compromiso franco-británico de Saint-Malo en 1998.

Por el momento, algunos de estos objetivos parecen inasequibles, otros son factibles. Naturalmente, éstas son hipótesis esquematizadas para suscitar la reflexión. Probablemente la realidad combinará varias de ellas. Puede haber muchas situaciones intermedias, dependiendo de los asuntos, particularmente en lo que respecta al grado de cohesión de los europeos.

Lo cierto es que, contrariamente a lo que creyó después de la caída del muro de Berlín, Occidente ha perdido el monopolio de la dirección de los asuntos del mundo, que tardará mucho en ser una simpática "comunidad internacional". Deberá negociar y salvar compromisos como en la Organización Mundial de Comercio. Pero siempre tiene, y conservará por mucho tiempo, una influencia colosal en el mundo, sobre todo si la emplea con inteligencia, comprendiendo mejor las culturas que le son ajenas. Ante las resistencias con que tropiezan y los retos a los que están destinados, los occidentales pueden elegir entre un enfrentamiento sin fin con el resto del mundo y la construcción en común de un mundo de socios. Las consecuencias de esta elección son inmensas. Es hora de que los europeos se den cuenta de que depende tanto de ellos como de los estadounidenses.